Una ruptura epistemológica que no acaba de cuajar: 'Ensayos sobre saber, conocimiento y verdad'

Fernando Leal Carretero

Muchos lectores del número ocho que bajo el título 'Ensayos sobre saber, conocimiento y verdad' publica la revista *Estudios del Hombre*, estarán de acuerdo con el editor de la revista y coordinador del número en que los autores que participan en ella no aceptaron en realidad el reto que les hizo Ricardo Ávila, a saber, el reto de 'abordar de manera conjunta los tres conceptos' contenidos en el título (p. 185). Este reto estaba explícito en la 'convocatoria pública', la cual, según nos explica Ricardo, pedía que 'los interesados elaboraran ensayos sobre tres conceptos estrechamente relacionados: *saber, conocimiento, verdad*' (p. 9).

Ciertamente el lector que soy yo está de acuerdo con ese juicio de Ricardo, aunque con una pequeña excepción parcial, como veremos en su momento. Por ello pienso que la mejor manera de presentar este número de la revista es tratando de indagar por qué los autores no hicieron lo que la convocatoria pedía. Y para que no se piense que en lo que sigue voy a hablar desde una postura superior —no pienso que lo que pasó con este número es ni bueno ni malo, sino simplemente un hecho que amerita reflexión—, me permito observar que yo fui uno de los invitados a participar en éste, hace más o menos un año, y la idea para un artículo que tuve cuando acepté escribirlo —y me parece que hubiera ejecutado esa idea de no haber sido apremiado por otras obligaciones— hubiese sido semejante a las ideas de los que sí contribuyeron al menos en un punto, a saber, que yo tampoco habría abordado de manera conjunta los tres conceptos. En ese sentido la reflexión que voy a hacer a continuación se podría haber aplicado a mi participación en caso de haber existido ésta. No me excluyo, pues, sino que me incluyo en el diagnóstico que sigue. De paso me permitiré incluir alguna de las cosas que hubiese di-

cho en el artículo que a final de cuentas no escribí, lo cual no deja de tener un cierto aire de paradoja, puesto que digo que mi diagnóstico se hubiese aplicado a mi artículo. Pero estamos en una cantina, y una cantina es un buen lugar para airear paradojas.

Pues bien: creo que la razón por la que era muy difícil, y resultó imposible, que se discutieran los tres conceptos de manera conjunta es una razón profunda. Se trata ni más ni menos de que tal discusión requiere hoy día, o así me parece, una revisión radical de la epistemología tradicional; una revisión, por cierto, que ha comenzado, pero dista aún mucho de cristalizar y consolidarse. Pero este es un tema muy sabroso como para soltarlo de golpe, de manera que me iré acercando poco a poco.

Me gustaría comenzar por analizar el problema distinguiendo dos partes. La primera parte del problema la podemos identificar cuando observamos que a un lector, digamos, desprevenido del número ocho de *Estudios del Hombre* podría, al leer el título, ocurrírsele la pregunta de si las dos primeras palabras del título ('saber' y 'conocimiento') designan, denotan o significan lo mismo o más bien cosas diferentes, o al menos conceptos diferentes. Por supuesto que esta pregunta no es lexicográfica, o por lo menos no lo es de entrada. Desde un punto de vista lexicográfico está claro que 'saber' y 'conocimiento' son dos palabras distintas, que tienen por lo tanto usos distintos, los cuales podríamos listar, ejemplificar y comparar si fuéramos lexicógrafos, que no somos. Para no mencionar sino una diferencia relativamente fácil de ver, se puede decir en español 'conozco al editor de la revista *Estudios del Hombre*', y también se puede decir en español 'sé que Ricardo Ávila es el editor de la revista *Estudios del Hombre*', pero curiosamente no puedo intercambiar los verbos en estas oraciones. Es curioso porque en inglés —y ahora tomo una perspectiva de lexicografía comparada— diría en ambos casos 'I know', de manera que si esta revista que hoy nos ocupa se publicase en inglés es al menos pensable que su título fuera 'Essays on Knowledge and Truth', o sea que contendría no tres, sino dos conceptos o al menos dos palabras. Lo que no se ve claramente es cuál podría ser la importancia de esos dos hechos lexicográficos: uno monolingüe, otro bilingüe. Los defensores del español, gente muy aguerrida por cierto, quizá dirían que hay dos cosas distintas —o al menos dos conceptos distintos— que el inglés confunde y el español discrimina. Y el lector desprevenido podría pensar que esa es la intención de los coordinadores, y en esa medida tituladores, del número en cuestión. La 'Presentación' de los coordinadores pareciera confirmar esa sospecha del lector desprevenido: 'a diferencia del mero hecho de saber, que es ante todo un conocimiento empírico, el concepto conocimiento responde, en primera instancia, a la razón natural, a la inteligencia humana, que es capaz de elaborar, gracias a la acción de la abstracción, nociones y conceptos precisos por medio de los cuales es posible inteligir la realidad, de manera clara, compleja, profunda' (p. 9). Este comienzo de distinción, empero, no satisface la curiosidad del lector desprevenido, o al menos no la de este particular lector desprevenido que soy, o que fui, yo. Pero menos la satisfacen los autores invitados a escribir para el número ocho, como el propio Ricardo expresa en su 'Extroducción' cuando dice que todos los autores 'abordaron el concepto de conoci-

miento pero no el de saber' (p. 185). Debo decir que, si bien estoy de acuerdo con Ricardo en que ninguno de los autores abordó los tres conceptos de manera conjunta, no es verdad que ninguno abordó la posible distinción entre saber y conocer. Me parece que al menos uno de los artículos constituye una excepción parcial; por cierto el artículo cuya lectura yo personalmente disfruté más, por varias razones: "Historias de un conocimiento musical imaginario", de Hilda Morán; y por cierto también la única mujer que participó en el número especial —¿quizá por coincidencia?— Creo, en efecto, que Hilda sí trata en alguna medida de la posible distinción entre saber y conocimiento; volveré sobre ello más adelante.

Suponiendo por ahora que no nos preocupa la cuestión de si los conceptos de saber o conocimiento son o no equivalentes, podemos pasar a la segunda parte del problema, y es que un lector desprevenido se preguntaría también por la relación que guarda el concepto de verdad con el o los conceptos de saber o de conocimiento. Sabemos hoy día que el concepto de verdad se puede definir matemáticamente sin necesidad de ponerlo en relación con los conceptos de saber o de conocimiento (lo hizo Tarski en 1933). Y definir un concepto matemáticamente es sin duda la cosa mejor que podemos hacer cuando de definir se trata, ya que es solamente en matemáticas donde es posible demostrar cosas, y la definición nació como parte del esfuerzo de demostrar cosas. (De hecho, entre los teoremas más profundos de las matemáticas del siglo XX se encuentran aquellos que se refieren a la relación entre demostrabilidad y definibilidad). Los filósofos, o al menos los filósofos de persuasión analítica, piensan que pueden utilizar el concepto de verdad que los matemáticos han definido para, a su vez, decir cosas interesantes sobre el concepto de saber o el de conocimiento. Incluso sugieren que es posible definir el concepto de saber o de conocimiento utilizando para ello el concepto de verdad que los matemáticos han definido. Yo tengo dudas muy serias sobre esta empresa, debidas sobre todo al hecho de que los filósofos nunca hemos demostrado nada ni podemos demostrar nada. Sencillamente, como dicen los anglosajones, 'no estamos en ese negocio'. Y eso ha quedado muy claro al menos desde Spinoza, que en ese punto tenía ideas menos claras y distintas —y por lo tanto, en sus propios términos, afectos y emociones más fuertes— de lo que él mismo hubiese reconocido o querido reconocer. Comoquiera que ello sea, no existe una definición matemática de saber o de conocimiento; las definiciones matemáticas que sí existen son distintas, y se refieren a conceptos como los de demostrabilidad, computabilidad e información; y curiosamente esas definiciones no dependen, o al menos no necesitan depender, del concepto de verdad. En cambio, y aquí es donde las cosas comienzan a ponerse verdaderamente interesantes, me parece que no hay discusión filosófica sobre la verdad que no contenga, más tarde o más temprano, una discusión sobre el saber o el conocimiento, ni tampoco hay discusión filosófica sobre el saber o el conocimiento que no contenga, más tarde o más temprano, una discusión sobre la verdad. Esto es así sea que el filósofo en cuestión sea analítico o no, pretenda 'desinflar' el concepto de verdad o no, aspire a altas heterodoxias y valientes iconoclastias o no. Esto es así se trate de Quine o de Wittgenstein o de Carnap o de Heidegger o de Foucault o de Derrida. En

esto se distinguen en general de los científicos sociales y cognitivos, que son los otros académicos —aparte de los matemáticos y los filósofos— que también, y a su manera, se ocupan de estas cosas: aquí lo que podemos observar es que, cuando hay interés, el interés se dirige más bien al concepto de saber o al de conocimiento y no, justamente, al concepto de verdad. Esto es lo que distingue, por ejemplo, a un autor como Foucault de un autor como Mannheim o de un autor como Neisser, o como Maturana. Resumo, pues, estas interesantes asimetrías: los matemáticos se ocupan de la verdad sin ocuparse del saber o del conocimiento, los científicos sociales y cognitivos se ocupan del saber o del conocimiento sin ocuparse de la verdad, y sólo los filósofos se entercan en ocuparse de ambos y en creer que no hay manera de ocuparse de uno solo. Lo que nos encontramos en este número 8 no es una excepción a tal regla: los autores se ocupan todos del concepto de conocimiento —ya dije antes que no del concepto de saber— dejando de lado el concepto de verdad. Con ello no quiero decir que la palabra 'verdad' esté totalmente ausente de los textos entregados a la redacción de la revista y efectivamente publicados, pero ciertamente no hay un intento de abordar la relación de este concepto con el concepto de conocimiento, y menos con el concepto de saber.

Con todo ello me parece que puedo decir, sin demasiado temor a equivocarme, que el título de este volumen podría ser, simplemente, 'Ensayos sobre el conocimiento', puesto que ni el saber ni la verdad —sean ellos lo que fueren— se vuelve tema de reflexión aquí, con la pequeña excepción antes mencionada. Sin embargo, me parece excelente que los coordinadores hayan dejado el título original tal cual, aunque no fuera más que para obligarnos a reflexionar sobre el hecho de que hay ciertas cosas sobre las que tendemos, justamente, a no reflexionar.

Vale la pena añadir otra cosa. Dije antes que la pregunta por la posible diferencia, conceptual o real, entre 'saber' y 'conocimiento' no era una pregunta lexicográfica, por lo menos no para un lector desprevenido. Con esta expresión de 'lector desprevenido' quiero decir no algo jocoso ni algo impreciso. Mi intención es muy específica: me refiero a lectores desprevenidos con respecto al lenguaje. Y este tipo de lectores somos la mayoría, a menos que nos dediquemos de tiempo completo a pensar sobre el lenguaje, cosa que es muy rara no aquí ni allá, sino en todas partes, y ello por razones muy profundas, a las que no entro por falta de espacio. Así por ejemplo, yo, que me dedico al lenguaje, pero no de tiempo completo, soy, o mejor dicho, fui un lector desprevenido, hasta que, en parte por la invitación a presentar este número especial, me previne un poco más. Y es que para un lector prevenido la pregunta por la diferencia, conceptual o real, entre 'saber' y 'conocimiento' —e incluso la pregunta por la relación entre esas palabras y la palabra 'verdad'— sí es una pregunta lexicográfica, si bien no solamente una pregunta lexicográfica. Es una pregunta semántica, es decir que involucra el aparato completo de consideraciones que se agrupan bajo el rubro general de 'lingüística teórica'. Es, para decirlo de una vez, una pregunta ardua. Sobre esa pregunta se ha vertido no poca tinta; y de hecho es en torno a esa pregunta que ha habido lo más parecido a una colaboración entre matemáticas, filosofía y lingüística en este siglo que ya va terminando. Una vez más el diagnóstico es el mis-

mo: era difícil que la convocatoria hubiese tenido éxito. Lo cual no está ni mal ni bien, sino que invita a reflexionar sobre las causas.

Y con esto quisiera ahora hablar un poco *pro domo meu*, como decían los antiguos. Resulta que, cuando recibí la invitación de participar en este número, hace más o menos un año, decidí que escribiría sobre la relación entre saber y conocimiento, pero no tocaría el problema de la verdad. La razón de ello era bastante profunda, y espero que no me tomen a mal que entre ahora en una breve reflexión autobiográfica. El único interés que me guía para hacerlo es entender un poco mejor las circunstancias en las cuales la convocatoria de la revista *Estudios del Hombre* no concluyó con el éxito al que su editor seguramente aspiraba. Pues bien: hace muchos años, 17 para ser exactos, terminé de escribir mi tesis doctoral sobre 'El concepto aristotélico de verdad y la tarea de la semántica'. El propósito de aquella tesis era justamente aplicar los resultados de la colaboración entre matemáticos, filósofos y lingüistas para tratar de entender una cuestión que ya de estudiante me había llamado la atención muchas veces: que a pesar de la enorme diferencia en las formulaciones de la definición llamada 'clásica' del concepto de verdad, se pudiese justamente hablar de la existencia de una definición 'clásica', a veces implicando y a veces aseverando que dichas formulaciones —desde Platón y Aristóteles hasta Tarski y Carnap, pasando por Isaac Israeli y Tomás de Aquino— eran equivalentes. Al joven impetuoso que era yo entonces —y atraído igualmente por la complejidad de la historia de la filosofía, la exactitud de la lógica matemática y la profundidad del análisis sintáctico y semántico— esas implicaciones y aseveraciones le parecían harto dudosas, y en todo caso menesterosas de un examen cuidadoso e interdisciplinario. Me dí entonces a la tarea de estudiar por lo menos las partes más jugosas de ese capítulo en la historia del pensamiento que contiene las vicisitudes de la definición del concepto de verdad desde sus inicios en la filosofía griega, hasta la demostración de los profundos teoremas metamatemáticos que son una de las glorias del pensamiento del siglo XX. Me divertí muchísimo y aprendí todavía más de lo que me divertí. Y aunque he seguido pensando en el asunto de vez en cuando, mi opinión es que lo que se ha escrito desde entonces con respecto a la definición del concepto de verdad no constituye ningún avance importante con respecto a lo que se sabía en 1982. De lo que también me dí cuenta es de que hay otras cosas que decir sobre el concepto de verdad que van más allá de la definición, y sobre esas sí que valdría la pena escribir. De hecho, a veces sueño con escribir un libro bajo el título *Historias de la verdad* en que se compare la historia de la definición del concepto de verdad con otras historias igualmente importantes, aunque algo más difíciles de contar.

Debo advertir que la historia de la verdad que cuento en mi tesis doctoral no se ocupa directamente de conceptos como los de saber o conocimiento, dado que, como dije antes, partía de la colaboración de la filosofía y la lingüística con las matemáticas y resulta que las matemáticas no se han ocupado propiamente de los conceptos de saber o conocimiento. Luego no hubiera podido abordar la relación de los tres conceptos de manera conjunta, como solicitaba Ricardo, al menos no a partir de una reflexión madura sobre la definición del concepto. Por otra parte, dado que mi reflexión

sobre las otras historias que habría que contar sobre la verdad, aparte de la historia de su definición, no están suficientemente maduras, no me quedaba más remedio, para el artículo que planeaba presentar a la redacción de la revista, que adoptar la postura menos mala en esas circunstancias, que era la de discutir al menos la relación entre los dos conceptos de saber y conocimiento, dejando el concepto de verdad para otro momento. Me proponía hacer esto, además, desde la perspectiva de las ciencias sociales y cognitivas, con lo cual de entrada resultaba imposible, o prácticamente imposible, introducir el concepto de verdad, por las razones que aduje anteriormente, a saber, que las ciencias sociales y cognitivas no se encuentran a gusto con el concepto de verdad. En una palabra, si finalmente hubiera escrito el artículo vislumbrado, yo también le hubiera quedado mal a Ricardo, y más o menos por las mismas razones que los demás autores le quedaron mal.

Pero veamos un poco qué es lo que yo planeaba hacer, si bien nadie sabe qué es lo que hubiera hecho si efectivamente hubiera escrito el artículo. '¿Cómo quiere usted que sepa lo que pienso antes de oír lo que digo (o leer lo que escribo)?', de acuerdo con el famoso dicho apócrifo; digo 'apócrifo' porque todo mundo parece atribuirlo a un autor diferente. Hechas estas reservas, mi intención hace un año era tratar de mostrar que el concepto de saber o de conocimiento está, desde hace más de dos milenios, 'contaminado' —aunque creo que no en el sentido que le da Vevia a esa palabra (pp. 167-183)— por una serie de prejuicios o sesgos que nos han impedido, sobre todo a los filósofos, pero no solamente a los filósofos, ver la verdadera riqueza y complejidad de los fenómenos. Mi propósito era mostrar que esos prejuicios o sesgos están siendo transformados ante nuestros propios ojos por la investigación en las ciencias sociales y cognitivas; esta investigación que se inicia a finales del siglo XVIII, origina nuevas y reitera antiguas y tremendas discusiones en lo que se llama a veces el largo siglo XIX —digamos de 1830 a 1950—, para venir a dar frutos cada vez más hermosos en esta segunda mitad del siglo XX. Nos estamos dando cuenta, pero no ya por mera especulación filosófica, sino sobre la base de evidencia empírica sólida que la mayor parte de nuestros conocimientos son inconscientes, que no son susceptibles de reporte verbal, que no son separables de las emociones, que se manifiestan menos en teorías que en acciones y prácticas, que no son propiedad del individuo sino del grupo y ello de maneras muy complejas, que no se contienen solamente en el cerebro sino en todo el cuerpo, e incluso que van más allá del cuerpo para solidificarse y materializarse en objetos de todos los niveles ontológicos. (Para que no se crea que exagero, repito que lo anterior se refiere no a todo el conocimiento humano, sino solamente a su mayor parte). Muchas de estas cosas ya habían sido avistadas o vislumbradas con mayor o menor claridad por pensadores anteriores, como dije antes, pero nunca antes como ahora contamos con la evidencia sociológica, antropológica, económica, psicológica, lingüística, neurofisiológica, computacional, biológica, matemática y lógica para sustentar esos avistamientos y vislumbres. Y a la luz de ellos podemos, entre otras cosas, entender mejor por qué una lengua como el español tiene dos palabras como 'saber' y 'conocer', otras lenguas tienen más de dos palabras, y aún otras que sólo tienen una, como el inglés, cuentan con recursos

sintácticos y morfológicos para expresar la variedad de los fenómenos que interesan en este terreno; entendemos también por qué se inventan otras palabras y giros para expresar estas cosas todo el tiempo (p. ej. la palabra 'cognición'). En cambio, lo que resulta curioso es que la 'teoría del conocimiento', también llamada 'epistemología' o a veces 'gnoseología', esa disciplina que inventó el siglo XIX para la exploración filosófica de las preguntas que la filosofía moderna se había planteado frente a la llamada 'revolución científica' —un fenómeno, dicho sea de paso, que seguimos sin entender bien a bien, tan extraño y multiforme es—, siga todavía en gran medida sin hacerse cargo de esa evidencia y continúe en gran medida trabajando con el modelo tradicional de un conocimiento exclusivamente teórico, exclusivamente consciente, exclusivamente verbal —o 'simbólico'—, exclusivamente intelectual, exclusivamente individual, exclusivamente mental. Esto hubiese sido, creía entonces y sigo creyendo ahora, la mejor manera en que yo hubiese podido contribuir a echar alguna luz sobre la relación entre los conceptos de saber y conocimiento, aunque me hubiera tenido que excusar de tocar el concepto de verdad por las razones que dí antes: si bien creo que es posible hablar también de verdad con ayuda de algunas de esas investigaciones, todavía no estaba seguro entonces, ni lo estoy ahora, de poder hacerlo con suficiente claridad y soltura. Por ello es que yo también le hubiera quedado mal a Ricardo. Darse cuenta de esto es muy instructivo para mí, pues hace un año no había pensado para nada en todo esto que les estoy diciendo. Tenía cola que me pisaran, y he tratado de pisármela yo mismo, aunque sea un año después. Por eso le agradezco mucho a Ricardo que me haya invitado a presentar este número de la revista, que si bien no fue sobre saber, conocimiento y verdad, me ha hecho pensar mucho sobre la relación entre esos tres conceptos.

Debo terminar esta ya un poco larga presentación. Dije antes que la razón por la que los autores convocados —salva la pequeña excepción indicada antes— no discuten los tres conceptos de manera conjunta es profunda. Se trata, dije también, de que ello requiere una revisión muy radical de la epistemología tradicional. Si revisamos la revista artículo por artículo nos encontramos con que ocho de los nueve autores invitados discuten solamente el concepto de conocimiento, dejando de lado el de saber y el de verdad, y sólo uno, o más bien una, aborda juntos los de saber y conocimiento. ¿Qué es lo que hace Hilda que los demás no hacen? Compara el conocimiento impartido en las aulas sobre música —digamos, la 'teoría musical'— con el saber hacer música, mostrando con gran tino cómo aquél puede ser un obstáculo para éste, y cómo éste es la única base sólida para construir aquél. Aparte de que el texto de Hilda es muy fresco y aún divertido —yo solté varias carcajadas al leerlo—, la lección es tan simple como profunda. Y es una lección que armoniza perfectamente con las lecciones de las ciencias sociales y cognitivas, así como con una larga, aunque especulativa tradición, en filosofía, dentro de la que encajan personajes tan diversos como Sócrates, Bacon, Vico, Heidegger, Dewey, Wittgenstein y Ryle. Por eso me gustó tanto. Por cierto, una de las cosas más especialmente divertidas es la manera, delicada y cortés, en que Hilda muestra que el 'conocimiento' puede ser deficiente e incluso muy deficiente —la confusión en teoría

musical es grande en todo el mundo, pero parece que en Guadalajara ha logrado alcanzar proporciones grotescas— sin dejar de ser 'conocimiento', mientras que el 'saber', si es deficiente, sencillamente no es 'saber'. En este punto me permito discrepar de manera importante con el juicio de Ricardo, quien en su 'Extroducción' dice que 'a diferencia del saber, que es considerado conocimiento práctico y de tipo tradicional, en estricto sentido el conocimiento puede ser definido como el proceso cuyo objetivo último tendría que ser el acceso a la verdad' (p. 186); y también que 'siendo el conocimiento una experiencia cognoscitiva más intrincada y profunda que el saber, su sistematización y codificación son también más complejas' (p. 187). Aquí hay mucho de discutible; y no precisamente porque sea yo un denostador de la ciencia. Antes al contrario, la ciencia es una de los cosas que más admiro en este mundo. Justo por ello los juicios de Alfredo de la Lama sobre ella (pp. 16-29) me parecen insuficientemente elaborados. Pero, a pesar de mi admiración por la ciencia, creo que ha llegado el tiempo de invertir el énfasis y mostrar que el saber ordinario es más sólido que el conocimiento teórico, y le sirve a éste de sustento.

Todo ello me lleva a los demás autores. Es curioso observar que los ocho autores que se contentaron con discutir el concepto de conocimiento, dejando de lado el concepto de saber y apenas tocando el concepto de verdad, son enormemente parecidos entre sí. El punto en común es, o bien que adoptan una actitud relativista —eso hacen la mayoría, siete de ocho: Alfredo de la Lama, Armando Zacarías, Raúl Páramo, Rodolfo Morán, Sergio Sandoval, Luis Vázquez y Rodolfo Fernández—, o bien dedican su esfuerzo a atacar esa posición, es en esencia lo que hace Fernando Vevia. La etiqueta general de 'relativismo' me sirve aquí para referirme a posiciones que acentúan la influencia de la historia, del medio ambiente, de la educación, de la sociedad, de la cultura, de las pasiones, etc., sobre el 'conocimiento', de tal manera que éste se vuelve dudoso, falible, deficiente, circunstancial, contextualizado, manipulable, etcétera.

Esta situación de siete contra uno puede parecer algo desbalanceada, pero la verdad es que esto no me preocupa tanto como el hecho de que los ocho autores en cuestión comparten todos la misma idea de conocimiento, de manera que la pregunta es si podemos ir más allá del debate sobre el 'relativismo' si nos atrevemos a poner en duda el supuesto que comparten. Sostengo que ese supuesto compartido, ese concepto de conocimiento, es la base justamente de toda la epistemología tradicional, su objeto único y precioso. Es cuando combinamos dicho supuesto con ideas como las de cambio histórico, condiciones sociales, influencias políticas, contexto social, dimensión cultural, etc., que vamos a acabar pensando —como los siete autores mencionados— que ese conocimiento es 'relativo'. Si en cambio partimos de la idea de que ese conocimiento no es relativo, que es lo que en resumidas cuentas hace Vevia desde una postura puramente filosófica, entonces tendremos que acabar pensando que ninguna de esas cosas —historia, política, sociedad, etc.— es un verdadero predicado del conocimiento, que todas son meras 'contaminaciones'. Lo que yo propongo es que justo que la premisa que comparten —el concepto tradicional de conocimiento— es incorrecta, que el conocimiento humano va mucho más allá de lo que la epistemología

nos dice, mientras que las premisas que los dividen son en cada caso correctas. Con otras palabras, el conocimiento humano, tal como se concibe tradicionalmente, está afectado por todas esas circunstancias, pero si suponemos que todo conocimiento es relativo, el suelo se vuelve movedizo y el aire irrespirable. Puesto en solfa semisilogística:

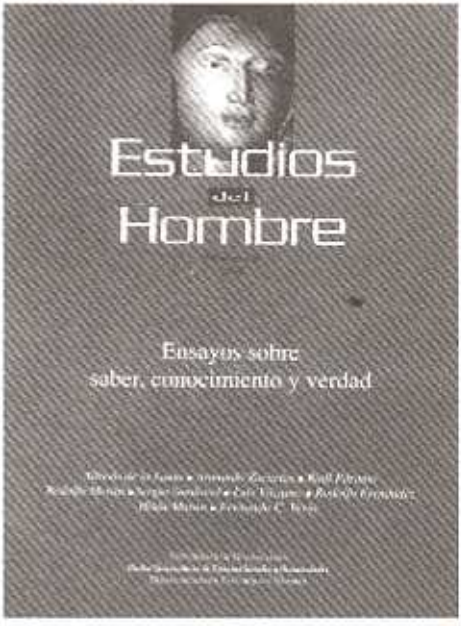
- Los siete autores 'relativistas' razonan que si todo conocimiento es teórico, individual, etc., y si el conocimiento así entendido es circunstancial y relativo, entonces todo conocimiento es circunstancial y relativo. Lo cual está bien razonado, si bien la conclusión es falsa.

- El autor 'antirrelativista' razona que si todo conocimiento es teórico, individual, etc. —premisa compartida con los 'relativistas'—, y si ningún conocimiento es circunstancial y relativo, entonces el conocimiento así entendido no es circunstancial y relativo. Lo cual está bien razonado, si bien la conclusión es falsa.

La conclusión es en ambos casos falsa por la premisa falsa que comparten; y de allí surge la contradicción, y el debate interminable. En mi opinión el razonamiento debería ser más bien así:

- El conocimiento teórico, individual, etc. es circunstancial y relativo. Es así que ningún conocimiento —o al menos no todo conocimiento, p. ej. no el 'saber'— es circunstancial y relativo. Luego, no todo conocimiento es teórico, individual, etcétera.

Ahora bien: todo esto es puro argumento filosófico, y como tal no puede ser sino el inicio de una discusión propiamente científica. No tiene caso quedarse en el mero nivel analítico de conceptos, sino que hay que buscar corroborarlo, apoyarlo, enriquecerlo, iluminarlo, con la investigación empírica. Cierto es que los siete trabajos 'relativistas' hacen alusión a investigaciones empíricas de una manera u otra, lo cual está bien, pero no hacen alusión a investigaciones empíricas del tipo correcto: las que mostrarían que hay conocimiento que no es circunstancial y relativo. Tal es el tipo de investigación que se da actualmente en las ciencias cognitivas, y en una parte de las ciencias sociales. Tal es el tipo de investigación que yo hubiese querido presentar en el artículo que no escribí. Tal es el tipo de investigación que habría que hacer a la luz de la 'historia de un conocimiento mu-



sical imaginario' de Hilda Morán. Por su parte, el trabajo 'antirrelativista' de Vevia parte de una tesis filosófica, analítica, que es también correcta, creo, si bien no sirve para gran cosa, dado que las investigaciones empíricas a que se refieren los siete autores 'relativistas' son válidas. El problema no es que no lo sean, sino que no calan suficientemente hondo. Lo que debe desecharse es más bien el supuesto tradicional de la epistemología, pero eso sólo puede hacerse mostrando de cuán otra naturaleza es, o puede ser, el conocimiento. Y en ese contexto la distinción, aunque provisional e insuficiente, entre saber y conocimiento sí que tiene su utilidad. Y si sabemos aprovechar esas oportunidades, entonces sí que podremos algún día discutir los conceptos de saber y conocimiento conjuntamente con el concepto de verdad.